



Una imagen ciertamente insólita: el presidente egipcio, Sadat, sentado, sonriente, junto al primer ministro israelita, Menahem Begin, y el ministro de Asuntos Exteriores, Moshe Dayan, en Jerusalén.

## LA TRAICION DE SADAT

EDUARDO HARO TECLEN

**C**ON la emoción y el énfasis con que se emitieron las imágenes del primer hombre en la Luna, el mundo occidental ha recibido en directo la transmisión de la llegada y actividades posteriores del primer ministro egipcio, El Sadat, en Jerusalén. Un enorme montaje, sin duda justificado por lo que es un acontecimiento histórico que tendrá grandes consecuencias. Aunque no esté claro, todavía, cuáles van a ser. Pero hay más razones que esta exaltación y difusión de la noticia: es un enorme triunfo de los Estados Unidos, para Carter y su equipo —el asesor especial Brzezinski, el secretario de Estado Carter—: lo es para Israel, para Begin y para todo el sionismo. Simultáneamente, siembre la desolación, la amargura y la cólera en todo el mundo árabe —con la natural excepción de Hussein—, que quema banderas egipcias, asalta Embajadas, se manifiesta y acusa a Sadat de traición. ¿Traición a qué? A lo que el antecesor de Sadat, el todavía mítico Nasser, quiso fundar: la "gran nación árabe", creyendo que identidades de religión, raza, idioma, cultura y costumbres podrían más que siglos de colonización y de rotura a base de fronteras consideradas artificiales, que el peso de las influencias extranjeras y que la existencia de regímenes políticos muy diferentes. Traición al convenio de no reconocer la existencia oficial de Israel —llamado todavía, co-

mo en tiempos de Nasser, "entidad sionista", para negarle el título de Estado—, traición a los muertos de cuatro guerras y de innumerables actos de violencia —todavía hace unas semanas las armas pesadas israelíes arrasaban núcleos de viviendas árabes—, traición a la causa de los palestinos, sin hogar desde hace treinta años... Dos ministros —algo más que dos ministros: dos grandes personalidades de la política egipcia, Ismael Fahmy y Mohamed Riad— han dimitido, las Universidades egipcias han sido cerradas para evitar la ira de los estudiantes —la única oposición visible al régimen de Sadat—, las Fuerzas Armadas patrullan por las calles para evitar manifestaciones en El Cairo y en Alejandría; Libia amenaza con la guerra, Siria decreta un luto nacional, la Organización de Liberación de Palestina amenaza...

¿Qué puede contestar Sadat a todo ello? En primer lugar, que con reconocimiento o sin él, Israel existe, y podría decirse existe mucho: y nunca va a ser desalojado y arrojado al mar, ni nunca sus territorios van a volver a ser devueltos a los palestinos. En segundo lugar, que es preciso negociar, dialogar, entrevistarse: crear situaciones nuevas, aunque sean tan espectaculares y tan controvertidas como ésta, para salir del punto muerto y de los continuos obstáculos a las conversaciones de Ginebra. En tercer lugar, que

quizá de esta forma conjure una nueva guerra. Los rumores de guerra venían sucediéndose desde hace semanas, y los actos de guerra larvada, también. Podrá sospecharse o no que todo ha sido también una preparación, un prelude, para este acto: pero la realidad es que el riesgo de guerra existía, estaba presente.

Podrá no decir que todo esto estaba inscrito en sus propósitos y en su biografía desde que llegó al poder, y que es uno de los más resonantes triunfos de los Estados Unidos en la zona, al que ha colaborado con resolución. Sadat comenzó su biografía de hombre de poder cambiando radicalmente las alianzas de su país. En primer lugar, trató de desmontar la tesis de que la cuestión del Oriente árabe era un episodio en la lucha Este-Oeste. Continuamente redujo el tema a un problema local, de la zona. Cuando hubo conseguido que esta abstracción fuese más o menos aceptada, comenzó la evicción de los soviéticos de su territorio. El argumento que empleó era de práctica política: la Unión Soviética no tenía ninguna influencia sobre Israel para que este devolviese los territorios ocupados y aceptase la creación de un territorio nacional palestino. Si fuesen necesarias armas o ayuda, la obtendría en el momento preciso. Pero mientras era mejor acercarse a los Estados Unidos para conseguir de ellos la influencia suficiente sobre Israel. En esta

política ya estaba implícito el reconocimiento de la existencia de Estado y la imposibilidad del regreso de los palestinos a sus territorios originales: quedaba en pie la cuestión de la creación de un nuevo Estado palestino y la recuperación de los territorios ocupados. Son los mismos objetivos con que se presentó el domingo en el Parlamento israelí. En medio de todo, había habido una interrupción: la guerra del Kippur, la batalla de 1973. Forzada por otros. Pero útil para Egipto: consiguió mantener la idea de una victoria militar, e hizo circular la impresión de que los Estados Unidos —gracias a él, gracias a su gestión y a su nueva amistad— habían contenido a Israel antes de que tomase una revancha militar. Sadat no oscureció su imagen con aquella guerra, ni tuvo necesidad de torcer la línea política que le ha llevado donde está ahora: en Jerusalén. Impulsado por Carter, acogido por Begin con entusiasmo. Cuentan en Washington que Carter dio sus últimos consejos a Sadat antes de que emprendiera el viaje, quizá a través de su embajador en El Cairo —Herman Eilts, que ha jugado un papel preponderante en esta historia, de común acuerdo y juego de equipo con Sam Lewis, embajador en Israel—: no debe volver de Jerusalén con demasiados triunfos, para no mantener la idea ante los otros árabes de que ha conseguido una "paz por separado", pero tampoco con al-

re de desencanto, porque ello haría aparecer su viaje como inútil.

Los triunfos que pueda llevar Sadat a su capital son más bien escasos. No parece posible que Israel, a pesar de la presión de Estados Unidos —una presión moderada, naturalmente—, tenga la menor intención de tolerar un Estado palestino, ni piense nunca en devolver lo que considera sus provincias de Samaria y de Judea. Ningún Gobierno, ningún partido político, ha considerado jamás esas posibilidades. Mucho menos el partido en el poder, que es un partido fanático, con un jefe de la más terrible cepa combativa: el nombre de Begin está ligado a los más espectaculares actos de terrorismo y matanza en la época de la lucha por la implantación del Estado de Israel sobre lo que todavía era Palestina: se le atribuye haber ahorcado a dos sargentos británicos y la destrucción del hotel del Rey David —casi cien muertos— entre otros actos de guerrilla y terrorismo. Begin y su partido estaban marginados en Israel por su extremismo: de esa marginación han pasado al poder. Su sonrisa abierta, flanqueada por las de Golda Meir y Dayan, al estrechar fuertemente las manos de Sadat, no es ningún caso las de un perdedor. Ni la de alguien dispuesto a hacer concesiones. Más que las palabras de Sadat en el Parlamento israelí, más que sus declaraciones públicas, el secreto de la operación está

en que se haya hecho y en las imágenes transmitidas. Ni siquiera en las conversaciones privadas Sadat-Begin. Todo lo que se pueda decir en ellas podría decirse previamente por otras

El "qué va a suceder ahora" es algo que no presenta respuestas muy claras. Como hecho positivo: no va a haber guerra. Sin Egipto, no hay guerra posible entre los países árabes y el Estado de Israel. Sin guerra, no hay posibilidad de que los palestinos regresen a su hogar ni de que los territorios sean recuperados. Tampoco podría existir esa posibilidad con guerra. Una guerra nunca es resolutive, nunca consigue soluciones justas. Una paz, tampoco: a lo largo de la Historia, todas las paces son injustas. Israel y Egipto pueden llegar a un "status quo". Incluso al establecimiento de relaciones diplomáticas, del que se habla. Egipto puede comenzar una época floreciente en su historia. Con la ayuda de los Estados Unidos y de Israel.

Pero no se sabe: si una reacción del pueblo egipcio —difícil: está maltrecho y agotado— o de algún grupo de militares puede derrocar a Sadat y cambiar de nuevo la orientación; si algunos países árabes —y especialmente Libia— no van a abrir unas hostilidades contra Egipto, y si el terrorismo palestino no se va a recrudecer hasta extremos de la máxima desesperación.

Pero tampoco se sabe cuál puede ser la reacción de la Unión Soviética. Uno de los de-

sarrollos más importantes de la situación es que, efectivamente, a pesar de las teorías de Sadat, el conflicto de Oriente Medio es parte del gran contencioso Este-Oeste, y si la Unión Soviética ha ido perdiendo continuamente puntos en este terreno, que le había permitido la entrada en el Mediterráneo con su flota y la implantación en toda la zona, no ha dado nunca por perdida la partida, y entendía administrar su influencia y obtener algunos beneficios en la organización de la paz, en Ginebra. La URSS observaba —y obtenía también sus ventajas— la situación de dificultades en Occidente por la cuestión árabe-israelí: las diferencias entre las naciones europeas y los Estados Unidos por la cuestión de la energía y de otras materias primas. Todo ello se ha desestabilizado. La URSS ha tenido breves reacciones de enfado al comentar la visita de Sadat: podrá tener respuestas políticas de otro orden, sobre todo en un momento en el que su situación en el "cuerno de África" se ha hecho también difícil.

¿Y el petróleo? Está en los argumentos de la prensa dirigida para enfatizar la visita de Sadat a Israel: la guerra en Oriente Medio produjo la escasez de energía, que arruina a Europa: luego las posibilidades de paz nos favorecen a todos. Algunos de estos periódicos —como el "Sunday Express", conservador, de Londres, que tiene la virtud de decir en claro lo que

otros tratan de disimular con hipocresías y buenas palabras— alienta estas esperanzas y hace explícito lo que supone esta visita: el corte a la expansión del comunismo en esa zona mediterránea. No es seguro ni lo uno ni lo otro. El tema del petróleo obedece a cuestiones mucho más complejas que la guerra misma, y afecta a países que no tienen nada que ver con ella; en cuanto a la expansión del comunismo, ni es seguro que la hubiera —ya Nasser se encargó de ahogar a los comunistas al mismo tiempo que a los judíos— ni es seguro que esta posible paz la evite. Quizá la fomenta, al no dejar otras salidas naturales.

No puede predecirse, en verdad, que la visita de Sadat a Jerusalén, y su brillante —y conmovedor, para muchos— discurso, y sus declaraciones, vayan a resolver la cuestión infinita. Y eso es lo peor. Desde un punto de vista de política práctica, las traiciones no son más que vocablos e invectivas, si con ellas se obtiene el éxito. Si Sadat pacifica la zona y encuentra posibilidades de una mayor justicia, bien venida sea su traición, y bendito su gesto por los tres libros de las religiones reveladas —la Biblia, El Corán, la Torah—, a los que ha rezado e invocado antes de su gestión, aludiendo a sus precedentes de textos de paz y concordia (en otros momentos se alude a ellos para Cruzadas, regreso al hogar sagrado o guerra santa; en esta ilusión por los precedentes, la prensa dirigida de Egipto ha llegado a evocar la negociación entre Saladino y Ricardo Corazón de León—; una paz justa sería aquella que reconociese el derecho de existir del Estado de Israel, que sean cuales sean sus orígenes es ya una comunidad de millones de seres humanos que no tendrían otra forma de existencia, y la que diese a su vez satisfacción suficiente a otros millones de seres víctimas de la situación, como son los desdichados y perseguidos palestinos. No parece que la fórmula mágica exista. Una paz resignada sería aquella que, con o sin justicia, determinara la imposibilidad de guerras y devolviera a la zona una apariencia de normalidad; para ello habría que suponer que, sin justicia, la paz y la normalidad pueden ser duraderas.

La posibilidad de que en lugar de apaciguar y de establecer reglas definitivas de convivencia la gestión de Sadat produzca, por el contrario, nuevos desórdenes y nuevas guerras, y una nueva era de desestabilización en el mundo, es mucho más grave que lo que la prensa jubilar da a entender estos días. Sadat ha corrido un riesgo muy grande. Para él, para su mundo y para nuestro mundo. Y ese riesgo está latente. ■



El gesto de Sadat ha provocado repulsas en casi todo el mundo árabe. En la foto, portando pancartas con el retrato de Nasser, manifestantes en Beirut.